

Encuentro inesperado

El presidiario de régimen riguroso UT № 189/33 se encontraba en el desierto selvático occidental de la cadena montañosa de Los Urales, a unos doscientos kilómetros de la ciudad de Perm yendo por la ruta ferroviaria de Nizhniy Taguil – Perm. El campamento penitenciario ocupaba un territorio no muy extenso, aproximadamente 500 x 500 metros, en medio de una floresta cercada por varias líneas de alambre de púas conectado a un sistema de señalización.

En la zona se elevaba una garita, donde habitualmente estaba sentado un oficial de guardia que encabezaba una brigada de subtenientes. En este tipo de zonas por lo común no había muchos presos, aproximadamente unos 70 u 80 en total. Mientras que en la colonia denominada Shestiorka destinada para los criminales, situada a varios centenares de metros, reunía cerca de tres mil condenados.

Del penitenciario de la región de Leningrado, a Vladimir Spivak lo trasladaron a la región de Perm, a la colonia Shestiorka y no a Perm-33, como correspondía según la segunda sentencia judicial. Por lo visto, la administración local resolvió que, según el artículo penal № 209 (holgazanería), lo trasladaban simplemente a otro campamento. Pero a la división especial de la zona, según el austero artículo 190-1, los documentos todavía no habían llegado. Allí ni siquiera sospechaban que al holgazán, atorrante y malandrín Spivak, declarado disidente, luchador por la justicia, conocedor de la literatura francesa y talentoso matemático, le encantaba Hamlet y se fascinaba con la jerga de ladrones que recogía en las baladas de François Villon.

Qué se puede hacer, eso suele ocurrir. No significa que hay que gritársele en la cara al respecto.

A toda la etapa de penados en la que se encontraba Vladimir Spivak, de inmediato la pusieron en cuarentena. Oficialmente allí tenía lugar la adaptación de los presos a las nuevas condiciones de vida. Eso ya él conocía perfectamente al estar en otro campamento de penados, donde permaneció tan sólo dos meses. En unos doce a diescisiete días, a los novicios los peluqueaban, los bañaban, les entregaban la ropa de presidiarios, les hacían los análisis, los sometían a test psicológicos y los interiorizaban con las particularidades de la zona para penados. Pero todo eso tenía lugar solamente en los papeles, sin la presencia del condenado.

Todavía en el trayecto Vladimir Spivak entró a sospechar algo muy desagradable cuando uno de los escoltas les dijo que todos ellos fueron transportados por equivocación y que de ahora en adelante les esperaba un final cruel. ¿Qué significaba eso de “transportados por equivocación”? —pensó Vladimir Spivak. Pero no se le podía preguntar al escolta qué significaban sus palabras.

La confirmación del significado de esas palabras no había que esperar mucho tiempo. Ni bien logró bajar al suelo saltando desde el peldaño del automóvil que los transportaba (llamado “voronok” en la jerga penitenciaria), cuando recibió una serie de golpes. Más adelante, al trote y con ayuda de patadas y garrotazos los trasladaron hasta un local llamado “cuarentena”. El sintió el miedo bestial proveniente de sus compañeros de desgracia e incluso de él mismo. A dos presos llevaron de inmediato hacia arriba por la escalera vaya a saber adónde. Contra la pared, con las manos y los pies separados, quedaron cuatro de ellos. A éstos vigilaba un oficial de la administración con un palo en la mano, con el cual les pegaba en los pies, exigiendo separarlos lo máximo posible. De pronto se oyó una pregunta: “¿Hay rojos aquí?”.

Dos respondieron "Sí". A éstos los llevaron a una oficina y después, arriba por la escalera. Quedaron dos. Vladimir Spivak y otro más. Mientras los traían en el autotransporte él no le había prestado atención. ¿De dónde habrá aparecido? Era delgadito y se parecía a un kirguiz. La tensión se intensificaba cada vez más. Se oyó otra pregunta: "¿Hay ofendidos?" También a ese lo trasladaron a la oficina y después lo llevaron arriba. Vladimir Spivak quedó solo, comprendiendo que le esperaba un destino desgraciado. Alguien de los vigilantes dijo o preguntó: "¿Resulta que tú eres *el holgazán*"? En esos momentos ni él mismo sabía quién era, por eso prefirió permanecer callado. Con ayuda de garrotazos lo llevaron a esa misma oficina por donde habían pasado todos los demás presos. Experimentó un verdadero pánico cuando vio un pasillo formado por vigilantes. De todos los lados le apaleaban, le pegaban con las manos y los pies. En un determinado momento recibió un fuerte golpe en el pie y, sin poder aguantar, se desplomó al suelo. Los golpes continuaron, de pronto se oyó un grito exasperado: "Levántate miserable". Vladimir Spivak se levantó a duras penas y renqueando corrió hacia adelante.

Desde la habitación, adonde trataban de meterlo, se oían gritos desesperados. Ya cerca de allí, con el borde de la vista advirtió a la entrada un cuerpo tirado y ensangrentado. En la habitación misma, de unos tres por tres metros y con rotas paredes de ladrillo, en cuclillas y con el rostro contra la pared se encontraba todo el grupo recién arribado. Los vigilantes agarraban uno por uno de las solapas y los llevaban a una mesa cubierta con un mantel rojo, sobre el cual estaban en fila las solicitudes. Cada uno firmaba la solicitud y después lo alejaban. Al tercer hombre anterior a Vladimir Spivak comenzaron a pegarle cruelmente en un rincón de la misma habitación. Vladimir vio que no sólo lo golpeaban, sino que lo pisoteaban queriéndolo meter en el mismo piso. Eso lo hacían

porque este preso se había negado a firmar la solicitud. Después de prolongados “procedimientos conciliatorios” a ese pobre desgraciado lo llevaron vaya a saber hacia dónde. He aquí que le llegó el turno a Vladimir Spivak.

A decir la verdad, Vladimir al comienzo pensó firmar de inmediato y dar así por terminado el trámite. Pero, por otra parte, sabía que la solicitud de colaboración con las autoridades significaba para él poner una cruz a su carrera de disidente. Cuando lo llevaron a la mesa, él tomó orgulloso tres hojas de solicitudes que estaban delante, las estrujó y las tiró al suelo y repentinamente también él cayó al piso. Los golpes en la cabeza fueron tan fuertes que le parecían dados con un martillo. Vladimir Spivak perdió el conocimiento.

Volvió en sí en una cripta con una lamparita única en el cielo raso, protegida con una rejilla, y en el piso había agua. Al ver que al desobediente se le abrieron los ojos, los agentes de la llamada “cuarentena” tranquilos entraron a ese compartimiento de hormigón y de nuevo comenzaron a pegarle metódicamente. Esa tranquilidad agravaba aún más la situación del prisionero. No era una demostración de violencia, sino un trabajo corriente. Es decir, era así como pintar las paredes con un intervalo para el almuerzo.

Lo más denigrante era la sensación de que te “amputaron la personalidad”, sobre lo cual hace muchos años le decía su padre. Como si te hubieran arrastrado con la cara por el ripio y no te dejaran nada de tus rasgos característicos individuales o aspectos personales. En particular, eso se nota cuando el detenido permanece por largo tiempo en una celda de incomunicado. Al patio a caminar no lo sacan, a la sauna rusa no lo llevan, día por medio le dan de comer, las ventanas prácticamente no existen, una sola lamparita se encuentra en un nicho en el cielo raso y apenas lo ilumina. No corresponde usar ropa abrigada. En un rincón ponen un cubo para hacer las necesidades

fisiológicas, o si no, un agujero en el piso desde donde emana un olor insoportable todo el día.

Los primeros dos días para Vladimir Spivak todavía existían el día y la noche. De día el se desplazaba para adelante y para atrás, por la noche trataba de dormirse. Pero la monotonía, el frío y el hambre hacían lo suyo. A ello se sumaban los fuertes dolores en aquellos lugares donde más le golpearon. Los músculos en las zonas de los golpes se contraían y no se enderezaban. Esos golpes le dejaron en los hombros y en la espalda una hinchazón del tamaño de un huevo. Si no se movía, allí se acumulaba un líquido que la agrandaba y ejercía presión sobre las extremidades nerviosas. Resultaba muy impensable tener que mover las manos y los pies para que los líquidos acumulados pudiesen dispersarse y las hinchazones en los músculos pudiesen achicarse aunque fuera un poco. Y como resultado, se sentía menos dolor y menos frío. En esas condiciones era más fácil dormirse por unos quince o veinte minutos. Después volvía a despertarse por el dolor, entonces durante unos cuarenta minutos troteaba en el lugar moviendo con las manos. ¡Todo eso resultaba muy doloroso! Después volvía a dormirse por unos quince minutos directamente sobre el piso mojado, recostándose con la espalda contra la pared... Lentamente la sensación de la realidad iba desapareciendo y el cuerpo entumeciéndose. Vladimir Spivak se convertía en un objeto inanimado que generaba un dolor sordo, prolongado y agudo, en general, un dolor indefinido que se extendía por todo el cuerpo al mismo tiempo.

A Vladimir Spivak lo tenían en un pozo de hormigón durante cinco días, después una semana más, después otra... El caía lentamente en el olvido, por instantes daba sobresaltos, troteaba, volvía el decaimiento... Le resultaba difícil comprender de quién era el cuerpo que se encontraba ante sus ojos en el piso de hormigón. Es que su cuerpo no le obedecía. Sus pensamientos también le

venían y se alejaban por si solos. Cuando le golpeaban se sentía mejor. ¡El agudo dolor penetrante en su cuerpo por una patada con la bota le hacía sentir feliz! En primer lugar, sabía que ese dolor no sería continuo, que con seguridad lentamente pasaría. En segundo lugar, ese mismo dolor era una constatación de un hecho muy simple, de que todavía estaba vivo y que hasta ese momento no había firmado ningún papel.

En forma gradual, las manchas de suciedad sobre las paredes desparejas del pozo, que él veía ya muchos días, comenzaban a borrarse. Después, como en la película de dibujos animados acerca del pintor mágico, de dichas manchas comenzaban a aparecer una especie de rostros y objetos. Esas imágenes conversaban entre sí, se jactaban con sus sombreros alados o con sus barbas largas, levantaban del piso enormes baldes cargados de uvas negras... Fíjense en ese, con cabellera larga y desordenada, con una nariz larga, parecido a Cyrano de Bergerac, que levantó el balde al hombro y se lo llevó vaya a saber adónde... Vladimir Spivak silenciosamente, casi susurrándole a su paso, le dijo: “¡Deja un poco, por favor. Deja...!” Pero aquél solo le respondió moviendo su espada, se sonrió y... se quedó parado en el lugar. “¡No! Es mi ex-compañero de grado, Serguey, con capa de mosquetero y sombrero alado... ¡Cómo es que yo no lo reconocí enseguida! El tiene igual nariz... Bueno, no tan así... Pero muy parecido. Y allí en el rincón, acostado, como si lo hubieran aplastado con un rodillo... También con impermeable que flameaba en el viento... Fíjense en su perfil... ¡Es copia idéntica de Yuri Lisochkin! Aramís.” Vladimir Spivak recordó el caso cuando en el primer grado de la escuela francesa, él con sus compañeros del grado y del patio de la casa, participaban en un concierto organizado para sus padres...

—¿Qué haceis aquí? —preguntó involuntariamente Spivak... Nadie le respondió. El repitió la misma pregunta, pero con voz más fuerte. —¿Qué haceis aquí? Después

permaneció un rato en silencio y como si se respondiera a sí mismo, dijo: —“Portos así como no estaba en aquel entonces, tampoco está ahora...”

Vladimir Spivak siguió por mucho tiempo observándolos y preguntándoles... El no podía engancharse de una cosa sola. Conversaba con ellos, una vez como Atos, otra, como Vladimir Spivak. Ora preguntaba por sus compañeros de grado, ora por Aliona Livánova que jugó el papel de reina francesa, ora hablaba de la revolución en Cuba... Se hacía la idea de que todos ellos le respondían. Incluso se atrevió a discutir con ellos...

—Pero, en definitiva, ¿dónde se encuentra Portos?— de nuevo le pasó por la mente de Vladimir Spivak. Toda la pared olfateó y tanteó con las manos. ¡Volvió a mirar la pared de una y otra manera, pero no resultaba nada! El ya casi se sintió desengañado por completo en sus desafortunadas búsquedas, cuando directamente delante suyo vio un nuevo rostro, con cabellos largos, sin sombrero, sin capote y muy pequeño, que no se parecía en nada a un robusto mosquetero. No obstante, algo muy especial en ese rostro, incluso conocido, atrajo la atención de Vladimir Spivak. Intentó hacerle preguntas... En vano. Solamente la pared se ensombreció más y con horror permanecía en silencio... Spivak lanzó un grito... En realidad ese grito no se oyó. Es que su voz hacía mucho quedó áfona, sin embargo, una y otra vez volvía a pedir ayuda...

—Ese pequeño, ¿es Filia? Petya Fillipov —se notó brillo en los ojos de Vladimir Spivak, como si hubiera conectado dos cables eléctricos de distinto color. El no pensó de que no podía ser, de ningún modo, la imagen de Portos, y tampoco de que ese pequeño hasta ese momento había permanecido en silencio y no conversaba con los demás habitantes de las paredes de la celda. Vladimir Spivak de pronto sintió que ese era el precio por la culpa... El pago por esa culpa le llegó en el momento preciso.

En el séptimo grado de la escuela secundaria él, juntamente con Serguey, Yuri y Petya Filipov— que en diminutivo le llamaban Filia—, entró en la sala de los maestros. Allí ellos habían robado los boletines escolares y se preparaban para huir por la ventana. Pero los descubrió el maestro de manualidades, el inválido Vasilievich. El maestro, queriéndole ayudar a Filipov, quien se había quedado colgado en una rama, cayó por la ventana al suelo y se mató. A Filipov lo detuvieron de inmediato, lo juzgaron y lo mandaron a Kolpino, una colonia para menores de edad. El no delató a sus amigos. Pero al cabo de medio año llegó la noticia de que Petya Filipov había fallecido. El mismo Petya Filipov quien en la infancia tocaba el violín y fue el primero en aprender a leer, quien recitaba ante todo el grado escolar “Neznayka en la ciudad del Sol”.

—Uno por todos,— lentamente y con esfuerzo susurró la sombra de Petya Filipov. Serguey guardaba silencio, Yuri así como estaba acostado, así se quedó, de pronto en voz baja profirió: “Yo no empuje a Vasilievich, no lo empuje. El maestro se cayó solo...” Pero Vladimir Spivak, todo mojado y encogido por el insoportable dolor que no traspasaba, con los ojos desorbitados, clavó su mirada en la imagen de Filia sobre el bacín. Vio nitidamente cómo se movían los labios de Filipov al hablar, cómo lentamente levantó su mirada hacia Spivak y de sus ojos saltaron chispitas de gamberro...

Era la pálida luz de la lamparita que resbalaba sobre las gotitas de humedad condensadas en la pared y que no habían alcanzado aún a caer de nuevo al enorme charco de agua sucia sobre el piso de hormigón de la celda de incomunicado.

Vladimir Spivak, quebrantado internamente, cuando en el sucesivo intervalo le pasaron una hoja de papel, decidió firmar.

A pesar de haber firmado la hoja, sin embargo no le trasladaron al campamento. Una semana más le tocó

estar sólo en calzoncillos en la celda de incomunicado, donde el agua le llegaba hasta los tobillos. Después le pasaron a una habitación seca, no obstante no le dieron ropas. Solamente a la tercera semana le entregaron un juego de vestimenta para presos, arrugada y sucia. De esa manera, terminaban de neutralizar el resto de la dignidad espiritual humana.

“¿En qué consiste la diferencia? —se preguntaba Vladimir Spivak. —Si hubiera firmado de entrada ese detestable papel, quizás no me tocaría experimentar el martirio de la celda de hormigón. ¡Pero, entonces, no hubiese pasado por el infierno!”

Ahora sabía qué era eso. Ya estaba en condiciones de orientarse: dónde estaba el infierno y dónde, comparativamente, tonterías, costos de la profesión. Habiendo cumplimentado todos los casilleros de los simples “test psicológicos” de la cuarentena, Vladimir Spivak por fin pudo entrar en el campamento.

El régimen de los delincuentes en el campamento parecía ser disciplinado, rígido y viable. El mismo, aunque era parte inseparable de la existencia de la nueva comunidad cultural que se llamaba “pueblo soviético”, sin embargo se diferenciaba de lo que comúnmente comprendían bajo esa conjugación de palabras.

En general, en una rústica aproximación, los prisioneros trataban de crear aquello que habían perdido. Aquí gradualmente se dibujaba un cierto modelo de la sociedad, de la cual ellos fueron apartados. Lógicamente, esta comunidad no inventó la bicicleta, tampoco el modelo en base al cual construía sus leyes. Esa comunidad, pero en forma más dura, copió las relaciones que casi todos aceptaban o no, pero que se atenían en su vida libre.

En Shestiorka había precisamente seis barracas. Las relaciones entre los residentes de las barracas estaban reguladas por un supervisor en la zona. Si no existiera esa supervisión, las barracas adquirirían una forma de

clanes de prisioneros y no existiría un mecanismo unificado para delincuentes. Por regla general, en líder se convierte el preso más autoritario y respetado, con un carácter fuerte. Ese tipo de personas se hace ver enseñuida. Es el prisionero más justiciero, el que pasó todas las experiencias de la vida. Su palabra goza de prestigio irreprochable. Precisamente él pone punto final en la solución de todas las cuestiones complicadas que surgen en el campamento. Sean cuestiones entre ladrones o entre los presos comunes del campamento. Incluso intervienen en la solución de conflictos con la administración de la zona. Especialmente, si sus determinados representantes con exagerada prepotencia o con mucha frecuencia “encontraban” en los envíos de los familiares, narcóticos u otros objetos no permitidos.

Por ejemplo, una semana antes, un control matinal se demoró exageradamente. Los nuevos presos, ingresados no hacía mucho, no encontraron nada mejor que romper el cerco y, sin ninguna orden, entrar en la barraca. Después de ese hecho, en la reunión de los presos, por decisión de éstos, el líder de la zona amonestó en forma ejemplar al supervisor del grupo en cuarentena. Puesto que cuando se dio de alta al grupo en cuarentena para pasar al campamento, no fue lo suficientemente cauteloso y no educó a los presos. No aclaró quién era una persona correcta, quién, de los rojos y cual de ellos era injuriado. En pocas palabras, dejó pasar al campamento a necios acabados. ¿Para qué, se pregunta, le daban tres semanas? Ahora habría que amonestarlo. Bien, lo amonestaron, pero en definitiva no lo sustituyeron. Es decir, la administración admitió el libertinaje en el sector de cuarentena. ¡Eso demostraba que no había un control justiciero!

Vladimir Spivak al enterarse de eso, comprendió qué tenía en cuenta el policía de escolta del carro que transportaba a los presos. ¡Así fue! Eso se denominaba: caer en el intervalo de dos turnos. Pero el paso del sector de

cuarentena al campamento no significaba irse a casa. Allí existía su método de control de los novicios y sus reglas de existencia. Como para Vladimir Spivak era su primer crimen, de inmediato comenzaron a tantear su resistencia, y lo hacían todos a quienes se les ocurría. Comenzaron las perturbaciones. Provocaban al novicio para crear conflictos, le hacían preguntas capciosas y exigían de él respuestas estándar, comunes en la zona. Uno con cierta amabilidad trataba de obligarle a que le lave sus ropas, otro le exigía tender su cama, otro intercambiarse de lugar, etc. Todo eso se acompañaba con elementales patadas que denominaban “registro”. Lo cierto era que, como correspondía en estos casos, pegaban no muy fuerte, sin apoyarse con las manos en la barandilla. El supervisor de la barraca comúnmente no se “metía en las relaciones mercantiles”, pero siempre vigilaba todas esas circunstancias muy importantes. Es que dar patadas, apoyándose en algún objeto, cualquier tonto lo puede hacer. El encargado del campamento tampoco era enemigo de sí mismo. Siendo colaborador de la administración, debía realizar determinadas charlas explicativas, por ejemplo, acerca del daño que causaba a la salud el hecho de fumar o beber alcohol, también para que los “malandrines no armen camorras”. Pero en realidad, él se limitaba a confeccionar los papeles para la comisión de instancias superiores, puesto que a él le gustaba hacerlo por dinero.

Una lógica lineal de los acontecimientos gradualmente se transformaba en una progresión geométrica, de modo que ésta de manera ineludible llevaba a Vladimir Spivak al lugar más sagrado en el campamento, es decir, a la sección de sanidad. Lógicamente, si el estuviera a punto de morir e hiciese todo como correspondía, se pronunciarían a favor todos los supervisores en la zona. Tanto en la sección de cuarentena, como en el campamento y las celdas de incomunicados... A él le pidieron simplemente lavar la ropa, pero él se encabró y respondió grosera-

mente. Así no se debía actuar. Era necesario demostrar el aguante. Sin embargo a Vladimir era lo que siempre le faltaba. Spivak era muy sensible e incluso demasiado orgulloso. Aquí sobreviven sólo aquellos, que tienen atrofiada la mímica y también aquellos que todos los santos días, cuando bordan a máquina los guantes, se ingenian hacer en los mismos su dibujo, cualquiera, aunque fuese pequeñito... ¡Sin embargo a Vladimir Spivak le resultaba todo al revés! Lo tenía dibujado en la cara. ¡Personas como él no duraban mucho! A los otros les salvaba el aguante. Además, también una profunda resistencia interna al obtuso y monótono modo de vida.

A Vladimir Spivak, lleno de moretones, con una costilla y la clavícula rotas, sin dientes en el maxilar superior y con cortes en el cuello, por fin lo llevaron a la división sanitaria. Habría que procurar mucho para ir a parar allí. A veces, un preso débil tenía que tragarse todo tipo de inmundicias a fin de que lo saquen del infierno de las relaciones interpersonales que existía en el campamento, aunque fuese por varios días.

Vladimir Spivak permanecía acostado inmóvil sobre una sábana blanca, la cual de todos modos gradualmente se volvía de color marrón-rojizo por las manchas de sangre. Sentía un dolor insoportable al moverse, aunque hacía ya cinco horas que no le pegaban. Miraba al cielo raso, a los travesaños metálicos pintados de blanco, y no lo creía. No creía en la realidad. Pensaba que lo querían ahorcar... En esos travesaños... ¡Exactamente! Era lo más cómodo. Este tipo quiere hacerlo... le pasó la idea por la mente de Spivak cuando vio entrar el enfermero. Spivak instintivamente se encogió. En ese momento un dolor agudo le traspasó el abdomen, trasladándose a un costado y luego disminuyó.

El enfermero, una persona robusta, en guardapolvo de color raro, tenía en la mano un trapo húmedo, del cual goteaba al suelo un líquido amarillo oloriento. Sacó

de su bolsillo tres tabletitas, las puso en una mesita, después colocó el trapo en el cuello de Spivak, cerca de la clavícula. El líquido semiespeso salía debajo del trapo y se deslizaba por su cuerpo.

“¿Para qué? —pensó Spivak, cuando el agudo olor a fenol llenó todo la sala—. Pues, eso no curará la clavícula ni tampoco la costilla...” —Por estos pensamientos se alegró hasta lo imposible. Vaya, podía pensar y razonar.

Le vino a la memoria su infancia, su primera estancia en el hospital después de haber comido hongos venenosos. Por la mañana le pusieron en la mesita un plato con un puñadito de azúcar y un pedacito de manteca... Sin saber que los necesitaría para el té y el sandwich, pensó que era el desayuno y se puso a comer. Le quedó una impresión inolvidable... Por ello, en aquel mismo momento no tenía que estar sentado en el corredor de la policlínica junto con los compañeros de grado, escuchando el ruido del torno del dentista, esperar su turno.

Ahora estaría dispuesto ir arrastrándose por el piso hasta llegar al dentista. Ojalá él esté... Pero ¿dónde está el otro...? —Vladimir Spivak con horror se acordó del enfermero.— Con seguridad estará esperando por ahí cerca... Espera que yo pierda el conocimiento... ¿Dónde?, ¿Dónde estará? Resultó que nadie estaba en su alrededor. ¡Por más que Vladimir se esforzaba en mover sus ojos en todas las direcciones, no alcanzaba a ver a nadie! El permanecía acostado inmóvil en la camilla, uno en toda la salita.

Spivak se relajó, en sus ojos aparecieron lágrimas. ¡Dios mío! ¿Pero será posible que solamente de esa manera y a ese precio uno tiene que conseguir la justicia? Ya no pensaba más en ninguna otra cosa. Sólo ese pensamiento. Durante los últimos meses su vida cambió radicalmente y ahora la misma en forma rápida y con singular facilidad le quebraba su carácter, le imponía nuevos valores y motivaciones, fijándole también nuevos reflejos. No, la intolerancia no desapareció. La misma, como an-

tes, nutría la base de su conducta. Salvo que ahora, supuestamente alguien, con un manto impermeable cubrió todas las posibles e imposibles manifestaciones de ese sentimiento persistente. Incluso las lágrimas que le aparecieron en los ojos en forma de dos gotas grandes, no se deslizaban por las mejillas caídas. Una cierta fuerza interna nueva y aún desconocida se resistía a las leyes de gravedad y no las dejaba en paz.

Al cabo de unos minutos el enfermero volvió trayendo a un hombre muy encorvado, pequeño, con rostro arrugado de color ceniza. El hombre, muy enfermo, lentamente se subió a duras penas a una cama vecina de hospital y finalmente con un prolongado gemido se acostó de manera incómoda sobre el costado derecho, de espalda a Vladimir Spivak. Dos presos que le ayudaron a traer al enfermo, colocaron sobre la mesita una botella de medio litro con etiqueta de vodka marca "Stolichnaya" y, al lado, un par de quesitos fundidos.

—Petró Ignátievich, nosotros aquí le dejamos, este... un poquito de caldo. Un verdadero caldo de gallina, no muy gordo, —con gran respeto pronunciaron los presos. —Mañana encontraremos más. Todo lo que necesite le traeremos sin falta, de la cocina común. Pueda que necesite algún medicamento, para el estómago...

El carcelero joven estaba callado, un poco a distancia, mirando ese ajetreo de los condenados.

—Te agradezco mucho, Bur, —a duras penas pronunció el enfermo, luego giró su cabeza en dirección al tipo alto, calvo, con un montón de tatuajes en las manos, incluso en el cuello, agregó:— Váyanse ya, me arreglaré solo. ¡Si pasa algo, vengan de inmediato! No den importancia, en un par de días todo pasará. Lo sé...

El enfermero le puso una inyección. Después todos se fueron en silencio. El encorvado hizo algunas muecas, se quejó, pero al final se calló. En un instante comenzó a roncar. Vladimir Spivak seguía como antes, acostado y sin

moverse. El no miraba a su alrededor y no veía a nadie. No tenía ningún pensamiento. Solo una sorda tranquilidad de un ser que todavía estaba con vida y en vela.

En ese momento entró el supervisor de la enfermería. A él lo conocían todos. Era la persona más querida de todas las épocas y pueblos. Le conocían con el nombre de “Stalin”. El hizo una mueca debido al olor del trapo puesto en el cuello de Vladimir Spivak, después miró detenidamente al vecino, arregló la frazada y colocó sobre la mesita algunas ampollas. Al retirarse, miró a Spivak, vio que estaba con los ojos abiertos, se detuvo y pronunció:

—Ten cuidado, vago, no hagas travesuras, caramba... Porque si no, te traslado a la sala común, y no te daré aspirina. El principal, se puede decir, es quien que te salvó, caramba. Hay que entender. Si algo ocurre, de inmediato llama. Si ves que él se siente peor, grita enseguida... ¿Entendiste..?

Vladimir suspiró profundamente dos veces, tal como lo hacen en la formación militar antes de gritar tres veces “¡Hurra-a-a!”, se retorció de dolor en el pecho y, silenciosamente, como si se estuviese muriendo, hizo un breve suspiro y pronunció:— ¡Entendido!...

El seguía como antes, acostado de espaldas, no sospechaba siquiera que la persona que estaba cerca de él y roncaba fuerte y quejumbrosamente gemía entre el sueño, podría con una sola mirada cambiar bruscamente su vida. Además, cambiarla en cualesquiera de las direcciones. Aunque Vladimir Spivak ya conocía las bases de la vida jerárquica de los presos, no podía imaginar —a pesar de sus deseos— que a su lado se encontraba acostado el supervisor de toda la zona.

Era en realidad el líder de los presos de la zona. No era un “ladrón legal”. De ninguna manera. Estos en libertad se sienten muy bien, pero aquí en el campamento, él es el líder. El más respetado, es cierto. Todos sabían de su vida en Shestiorka y la contaban unos a los otros

como si estuvieran leyendo párrafos de un manual de primeras letras. Sin embargo Vladimir no alcanzó a reconocerlo. Cuando todo el tiempo le pegan, es imposible que en la cabeza entre otra información, aparte de la que de alguna manera esté relacionada con la posibilidad de esquivar el siguiente golpe.

Petró Ignátievich, como lo llamaban los condenados, fue a parar al campamento de Chúsovo siete años atrás. Nadie de los locales sabía la causa. Tampoco sabían nada de dónde vino. ¿Había estado antes en prisión? ¿Ingresó de afuera, es decir, de la libertad o vino trasladado de otra zona? Nadie sabía nada de eso. El no arrastraba una cola incierta tras suyo. La administración tampoco difundía informaciones al respecto. De manera que era suficiente su autoridad.

Todos sabían una sola cosa. En la división de “cuarentena” no lo pegaban, sino que lo castigaban a matar. Sólo por el hecho de que, según documentación, era de los que niegan todo. Es decir, no reconocía ninguna de las acusaciones y tampoco delataba a nadie. El aguantaba todo hasta el final, comprendiendo que las medidas extremas había que utilizarlas solamente en caso extremo. Entonces cuando ya no podía comprender dónde se encontraba y qué le estaba pasando, y de los oídos, de la nariz y de la boca le salía en torrente la sangre, su intuición le sugirió que llegó el momento. El futuro líder de Shestiorka, con la lengua detectó la navaja de afeitar que tenía guardada, y corriendo para tomar impulso, saltó por la ventana. Con la cabeza rompió dos secciones de cristal y cayó al suelo. Muy lastimado con los trozos de vidrio, se levantó y para seguridad se cortó las venas en las dos manos. Naturalmente, a los colaboradores de la sección de “cuarentena” toda esa situación podía importarles poco, incluso si se cortaba todo. Pero, por otra parte, ninguno de ellos quería asumir la responsabilidad por aparecer un cadáver. Por eso, al nuevo detenido

dejaron de pegar, le cosieron las heridas, le vendaron y lo llevaron en camilla a la sección sanitaria. Sólo allí, y no en la zona de “cuarentena” como correspondería, se enteraron que tenía úlcera en el estómago, la cual a veces, especialmente después de tales encontronazos, se perforaba, se infectaba, provocaba peritonitis y otras tantas complicaciones incompatibles con la vida en general, pero en el campamento de Chúsovo, en particular.

No obstante, ese ladrón musculoso, pero muy adelgazado, sobrevivió. El siempre, en todas las situaciones, sobrevivía. Su capacidad de aguante y resistencia, obtenida aún en la infancia, siempre lo salvaba y más tarde obligaba a respetarle. Tanto en Shestiorka, como antes en Nizhni Taguil, y anteriormente en el campamento ITK-12, de Rostov, en la región de Leningrado, en un campamento de menores...

Dentro de una hora comenzaba el control matutino. Pero éste no tenía nada que ver con los dos. Ellos silenciosamente permanecían acostados en las camas vecinas de la enfermería. Uno, acurrucado, dormía. El otro, el que siempre miraba al cielo raso, todo el tiempo como si esperara algo.

El supervisor del campamento se levantó a tiempo, como correspondía a todos de la zona. Con los años se transformó en costumbre. Estaba o no enfermo, le daba igual. Él mismo se aplicaba la inyección y ahora estaba sentado en el borde de la cama de la enfermería, mirando al vecino. Esperaba que éste deje de zollipar en sueño y se despierte. Los párpados del vecino temblaron y en instante se le abrieron los ojos. Vladimir suspiró profundamente y su cuerpo comenzó a sacudirse, reacción provocada por una profunda tos seca. Apenas intentó levantarse, cuando de inmediato un dolor agudo le invadió desde la cabeza hasta los talones.

—Pero tú no has cambiado nada, Vladimir,— en voz baja, como si estuviera reflexionando consigo mismo, pronunció el supervisor. El vecino lo oyó.

—¿Usted... me...me... conoce? — preguntó Vladimir, tartamudeando un poco y sin girar la cabeza.

—Sí que te conozco. Es fácil reconocerte. Por eso digo que no has cambiado nada. Eso pasa... cuando la vida es fácil... Pero a mí no me reconociste.

Vladimir Spivak se puso tenso, tratando de superar un dolor sordo en todo su cuerpo, levantó las manos y se agarró de los caños de hierro que unían el respaldo de la cama, se estiró un poco, logrando darse vuelta de cara al vecino.

—Sí, yo a... ted... no... lo...nozco.

—Naturalmente. Me habrán dado de baja y olvidado. ¿Quizás, quieres que te lea en francés el monólogo del Mío Cid?, ¿O algún fragmento de “Neznayka en la ciudad del sol”?

—¿Tú eres Filia?... ¡No puede ser! ... Vladimir no lo reconoció, pero comprendió que ante él estaba Petya Filipov. Filia en vida... Sólo que no se parecía en nada. Le dió la impresión de que otra persona se enteró de la vida de los dos en la escuela y ahora trataba de presentarse como Filipov. Pero, ¿para qué?

¡Filia! ¿Será posible que sea el mismo muchachito, contra delgado y chambón, que siempre usaba un cuello blanco grande por encima de su chaqueta guerrera? ¡Realmente, era él! Aunque otro rostro: grisáceo, con cicatrices, con un párpado un poco caído que le tapaba parcialmente el ojo izquierdo. La nariz... Petya Filipov tenía la nariz fina y larga. Pero el que estaba delante la tenía un poco aplastada y su puente torcido. ¡Pero, no! Sin embargo era él. Tenía el mismo entornar de ojos, parecido como lo tenía Lenin. El principal ladrón del Shestiorka. El prisionero más respetado en el campamento.

—Fi-i-lia, —no pronunció, sino silbó Vladimir. Después se vio claro cómo se preparaba y, al final, pronunció en francés la frase:— “¿Comment... ça va?” Su boca comenzó a abrirse, dejando ver la encía superior

sin dentadura: las finas franjas de los labios azul-rojizos, agrietados, comenzaron a abrirse. Primero la parte superior, luego la parte derecha del labio inferior empezaron a moverse sucesivamente. Daba la impresión que se parecía a una sonrisa.

Vladimir Spivak por segunda vez en dos días se echó a llorar. Esta vez sus lágrimas le corrían como un torrente, parecía que no había fuerza alguna que pudiera detenerlas.